

# La Transdisciplinariedad - Desvíos Y Extravíos<sup>1</sup>

por Basarab Nicolescu

Los grandes cambios de la historia y de la cultura han sido a menudo inducidos por un ínfimo desvío: una pequeña desviación en relación a las normas en vigor desencadena repentinamente el derrumbamiento del sistema vigente y, más tarde, la aparición de nuevas normas todo-poderosas.

En el campo de la historia el ejemplo más notorio es probablemente el del nacimiento del cristianismo. Algunos "iluminados", que no tenían más que el poder de su visión de un mundo completamente otro, iniciaron un movimiento que cambiaría la faz del mundo.

En el campo científico, las dos grandes construcciones intelectuales de este siglo la teoría de la relatividad y la mecánica cuántica- tienen como fuente algunas pequeñas anomalías en el plano experimental. A pesar de esfuerzos teóricos considerables esa anomalías no pudieron ser eliminadas. Ellas engendraron así una ampliación sin precedente del campo de la verdad científica, cuyas nuevas normas han regido por completo la física del siglo XX.

Un sistema todo-poderoso, social, cultural, no es entonces a menudo más que un desvío que triunfa. Pero, por supuesto, no alcanza con ser un desvío para triunfar. De dónde viene el éxito de un desvío?

Un análisis en términos de parámetros que debieran ser tomados en cuenta para el triunfo de un desvío lleva rápidamente a un callejón sin salida, porque el nombre o la naturaleza misma de esos parámetros nos son, en gran parte, desconocidos. En lenguaje de físico podríamos afirmar que, en el caso de un desvío, las condiciones iniciales son menos importantes que la naturaleza de las leyes que operan en el campo considerado. Un desvío que triunfa está en *conformidad* con aquello que hay de más central en esas leyes, que no es otra que el centro del movimiento mismo. El actúa por una *visión* que se abre hacia un nivel de Realidad diferente de aquél donde se sitúa el sistema considerado. La estructura gödeliana de la Naturaleza y del conocimiento está en relación directa con el éxito de un desvío.

La transdisciplinariedad, por su propia naturaleza, tiene el estatuto de un desvío. Ella se aparta de la norma, supuesta indiscutible, de la eficacia sin frenos y sin otros valores que la eficacia en sí misma, que está, evidentemente, fundada en la proliferación de disciplinas académicas y no académicas. La transdisciplinariedad actúa en nombre de una visión - la del equilibrio necesario entre la interioridad y la exterioridad del ser humano y esta visión pertenece a un nivel de Realidad diferente de aquel del mundo actual. Es menester por ello concluir que la transdisciplinariedad es un desvío que va a triunfar? Dejemos a quienes vivirán en el próximo milenio el encargo de responder a esta pregunta, pero desde ahora y ya mismo podemos librarnos de algunos obstáculos mayores en la vía de la transdisciplinariedad y que pueden ser calificados de *extravíos*.

Puede parecer un poco paradójal hablar de extravíos en relación a un desvío. Pero si aceptamos la idea que un desvío destinado a triunfar se dirige a lo que hay de más central, pero invisible, en el movimiento que anima un período histórico, es natural de encarar los desvíos en relación a la *orientación* hacia ese centro del movimiento, orientación que fundamenta la *actitud transdisciplinaria*.

Va de suyo que las consideraciones presentes no comprometen más que al autor de este texto en el espíritu de un debate a la vez abierto y riguroso, que no hace más que comenzar.

Los extravíos son una legión. Pero uno puede sin embargo, designar algunos extravíos que amenazan con transformar a la transdisciplinariedad, por medio de una reducción más o menos disimulada, en lo que ella *no* es. Eliminar así el desvío por medio de un retorno a las normas en vigor, en nombre mismo de este desvío.

El extravío más evidente consistiría en la asimilación del impulso transdisciplinario por la Nueva Era. No se trata aquí de hacer un juicio de valor sobre las tendencias agrupadas en la Nueva Era, donde uno encuentra lo mejor y lo peor. Ese movimiento complejo, caótico y anárquico, demandaría un juicio

---

<sup>1</sup> Revista "Turbulencé", nº 1, 1994. Este material pertenece a la Asociación para la Cooperación Internacional (ACI) y fue traducido por Luisa M. Rohr.

matizado, específico en cuanto a las tendencias contradictorias que la constituyen. La fuente de la Nueva Era es noble, puesto que su expansión se explica por una reacción de sobrevida al envejecimiento y a la inadecuación del sistema de pensamiento actual en relación a los desafíos de la vida moderna. Ciertas personalidades que animaron en los comienzos el movimiento de la Nueva Era, forman parte, sin ninguna duda, de la raza de los innovadores. En fin, ciertas ideas y prácticas, sobre todo aquellas ligadas a la revalorización del rol del cuerpo en la vida del ser humano contemporáneo, no son para rechazar. Pero el peligro de la Nueva Era tiene como raíz su falta de rigor, que la conduce a mezclar todo, en un cubre-todo amorfo y sin consistencia, donde sería tentador incluir la transdisciplinariedad como un componente honorable y más o menos exótico. La Nueva Era se presenta, cualquiera sean las motivaciones de uno u otro de sus representantes como un hipermercado gigante de nuestra sociedad de consumo, donde cada uno puede venir a buscar un poco de Oriente y un poco de Occidente, para reencontrar, a buen precio, la paz de su conciencia.

Un extravío, casi tan evidente también, consistiría en la anexión de la transdisciplinariedad al irracionalismo hermético, que conoce actualmente un resurgimiento por otra parte inevitable (¿el irracionalismo no es él hermano gemelo del racionalismo extremo?). La transdisciplinariedad sería así rápidamente vaciada de toda vida para ser transformada en puro fenómeno de lenguaje, un lenguaje para los "iniciados": se hablaría así "lo transdisciplinario" como se puede hablar "lo lacaniano" (esta última afirmación no hace, bien evidentemente, ninguna referencia inconveniente respecto de Lacan mismo). Un lenguaje que diría todo sobre nada. Dos fuertes tendencias, aparentemente sin ningún lazo entre ellas, pueden conducir a este extravío.

Por una parte, el atragantamiento actual con el esoterismo barato: se conserva el lenguaje de la alquimia, pero se olvida que en otros tiempos él estaba ligado a experiencias interiores precisas; se conserva el lenguaje de la astrología, pero se olvida que en otros tiempos esos símbolos estaban ligados a una ciencia de las tipologías psicológicas, etc.

Por otra parte, la moda universitaria actual es reducir todo al lenguaje: no habría Realidad, en el sentido ontológico del término, sino simplemente lenguajes que construyen una realidad y no habría aún tampoco ciencia que explore la Naturaleza sino una construcción social de aquello que nosotros llamamos "la ciencia".

Esas dos tendencias expresan de hecho el desconcierto de la sociedad actual, pero ellas se revisten de los atractivos ornamentos de la espiritualidad o de la honorabilidad académica para esconder púdicamente este desconcierto.

Los dos extravíos que acaban de ser evocados pueden ser desalojados bastante fácilmente por todo investigador en la senda de la transdisciplinariedad, animado por un espíritu de rigor y discernimiento.

Pero hay otros extravíos, más sutiles, y en consecuencia más temibles.

El peligro inmediato es el del recrudescimiento del cientismo, tomando como nuevo fundamento intelectual una transdisciplinariedad mal comprendida. La posición de tipo cientista está fundada en la creencia que un sólo tipo de conocimiento - la Ciencia - es el detentador de los medios de acceso a la verdad y a la realidad. La ideología cientista del siglo XIX proclamaba que *solamente la ciencia* podía conducirnos al descubrimiento de la verdad y de la realidad. La dicha de la humanidad parecía así, ¡ay!, al alcance de la mano. Todo otro modo de conocimiento era considerado sea como destructor (la religión), sea como accesorio (el arte). El *neo-cientismo* en germen hoy no niega más el interés del diálogo entre la ciencia y los otros campos del conocimiento, pero no renuncia sin embargo al postulado que afirma que el horizonte de la pertinencia de la ciencia no tiene límites y que la ciencia se mantiene capaz de rendir cuenta de la totalidad de lo que existe. El signo más característico del neo-cientismo es la negación del valor de toda investigación de un metadiscurso o de un metateoría. Todo deviene así un juego (potencialmente mortal) y un goce (potencialmente destructivo): el ser humano puede divertirse saltando de una rama del conocimiento a la otra, pero no se puede encontrar *ningún puente* que ligue un modo de conocimiento a otro.

La transdisciplinariedad mal conducida podría constituir el medio ideal para acordar una nueva legitimidad a los decisores desconcertados sin que cambien nada en su gestión. No vemos ya florecer los seminarios de formación para los decisores donde la espiritualidad sufi bordea la física cuántica, el esoterismo cristiano, la neurofisiología y el budismo, la informática de última moda? Por supuesto, este fenómeno reciente no tiene nada de negativo en sí mismo, se trata de *abrir* el mundo de los decisores a

los valores de la cultura antigua o moderna, Pero el peligro de apoderarse de la cultura, en lo que ella tiene de más innovador, para continuar sometiéndose al único dios de la eficacia por la eficacia, de una manera infinitamente más refinada que antes, existe vivo y coleando. Debe ser enunciado sin ninguna ambigüedad porque lo que está en juego es considerable.

En fin, un último extravío, el más temible, consiste en la absorción (y por tanto la destrucción) de la transdisciplinariedad por las ideologías extremistas de todo tipo, de derecha o de izquierda, en busca de una nueva virginidad. Nosotros vivimos en un mundo turbio donde todo puede pasar. El vacío creado por la caída inesperada, sin guerra, del imperio soviético, será rápidamente llenado porque la historia, como la Naturaleza, tiene horror al vacío. Los slogans como "el fin de la historia" o "la muerte de las ideologías" intentan esconder ese vacío, que será prontamente llenado por lo mejor o por lo peor. En nuestros días los extremistas no osan más presentarse como extremistas, porque saben que sus chances de éxito son prácticamente nulas. Entonces el lobo tomará la apariencia del cordero, gracias a la ideología neo-cientista. Podría uno imaginar qué sería un Hitler o un Stalin en nuestra época, que se hubiese armado del poder informático y del de la manipulación genética y que sabría jugar sobre todos los registros de las necesidades espirituales de los seres humanos contemporáneos?

Los tres extravíos evocados reposan sobre una confusión extremadamente difícil de revelar porque ella es de orden metodológico: la que existe entre la transdisciplinariedad y la interdisciplinariedad. Se utiliza una palabra nueva - la transdisciplinariedad para recubrir una realidad antigua: la búsqueda de transferencia de métodos de un campo de conocimiento a otro.

Es por esta amputación de la transdisciplinariedad de su componente esencial el reconocimiento de los derechos inalienables del hombre interior que pueden preverse los peores extravíos. La experiencia interior es, en mi criterio, la primera señal de la diferencia radical entre la transdisciplinariedad por una parte, y la multidisciplinariedad y la interdisciplinariedad por la otra.

Todos los extravíos posibles tienen un punto en común: el no-reconocimiento de la novedad irreductible de nuestra época. Todo retorno a una ideología, religión o filosofía del pasado es hoy nocivo; lo que no excluye, sino todo lo contrario, implica, el redescubrimiento de las riquezas de todas las tradiciones del mundo. Es el reconocimiento explícito de esta novedad irreductible que uno de los mayores garantes de la ausencia de todo desvío. En la transdisciplinariedad, como en la física cuántica nacida al comienzo de este siglo, no se puede hacer algo nuevo con lo antiguo.

La tercer señal mayor de la ausencia de extravíos es el reconocimiento del carácter a-tópico de la transdisciplinariedad. El lugar de la transdisciplinariedad es un lugar sin lugar. No se encuentra ni en el hombre interior (no engendrando así ni una nueva religión, ni una nueva filosofía, ni una nueva metafísica), ni en el hombre exterior (por lo tanto no engendrando una nueva ciencia, aunque fuera la ciencia de las ciencias). Se podría evitar así las fórmulas huecas pero tan actuantes como la de "la muerte del hombre". La dialéctica historia-transhistoria exige que una verdadera investigación transdisciplinaria se nutra del tiempo y de la historia. En un resonante artículo donde pone a la luz la diferencia radical entre la filosofía estructuralista y el proyecto transdisciplinario, André Bourignon escribe: "Reducido al lenguaje, el sujeto no era más un sujeto amante, sufriente y pensante, creador de la trascendencia, hecho de carne y de sangre, sino una "cierta estructura formal". Jamás se le había hecho soportar, en el pensamiento, una reducción tan brutal. Es bien cierto que reducir al hombre a las estructuras formales del lenguaje o de las moléculas, es proclamar la "muerte del hombre". Una aproximación fecunda del sujeto humano impone considerarlo bajo todos los aspectos posibles, y particularmente en sus dimensiones históricas filo- y ontogenéticas. No es más cuestión de oponer el holismo y el reduccionismo, sino de intentar tanto como se pueda, *de integrar lo local en lo global y recíprocamente...*"

La transdisciplinariedad plantea, a mi criterio, la cuestión de un tercer término, de conciliación (y por lo tanto de unificación) entre el hombre interior y el hombre exterior, entre el universo interior y el universo exterior, entre la experiencia y la teoría, entre el sujeto y el objeto. Así se diseña una larga vía que conduce del saber a la comprensión en nombre de la esperanza reencontrada.

**Agradecimientos:** Me importa agradecer vivamente a todos los amigos Edgar Morin, André Bourgignon, Michel Camus, Xavier Sallantin, Anthony Judge, Patrick Paul, René Berger, Antoine Faivre que han querido hacerme partícipe de sus observaciones pertinentes antes de la publicación de este texto.

### **Bibliografía**

-Basarab Nicolescu, *Una nueva aproximación científica, cultural y espiritual - La transdisciplinariedad*, Passerelles, nº 7, Otoño 1993.

-André Bourgignon, *Fin de una época, fin de un pensamiento*, Transversales Ciencia/Cultura, nº 24, Noviembre-Diciembre 1993

-*El hombre, la ciencia y la Naturaleza - Miradas transdisciplinarias*, obra colectiva bajo al dirección de Michel Cazenave y Basarab Nicolescu, Le Mail, 1994